

gen santa! ¿Cómo osáis comprar por tan vil precio á vuestro Jesús? ¿Por cinco siclos compráis á Dios? ¿Y aun no le compráis para Vos, sino para mí? Bendita sea la humildad profundísima de vuestro Hijo y vuestra ardentísima caridad, por las cuales os ruego que me deis tal luz, que nunca venda, ni por todo el mundo, la gracia que me habéis alcanzado.

Punto 3.º *Dolor de María en la profecía de Simeón.*—Considera cómo, estando todavía la Virgen en el templo, entró en él un santo anciano, el cual, viendo al divino Jesús, á quien acababa de rescatar su Madre santísima, iluminado con una celestial claridad, le tomó en sus brazos, y dirigiéndose á María, después de haber dado gracias al Señor por el favor de que disfrutaba, la dijo: «Mira que este Niño está puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel, y por señal á quien se ha de contradecir, y tu misma alma será traspasada con un cuchillo». Pondera aquí las trazas de que se vale Dios para aguar los contentos de la Virgen, enseñándote que en este mundo no hay ni puede haber felicidad completa y perfecta. Y así, cuando más gozosa estaba María, ya por haber rescatado á su divino Hijo, ya por las alabanzas que á este Hijo suyo se tributaban, quiere descubrirla los trabajos que ha de padecer el Niño, y el cuchillo de dolor que por su causa ha de atravesar su alma, para que desde luego comenzase á tener atravesado aquel cuchillo, y gustase la amargura de la Pasión. Desde este momento la vida toda de la Virgen fué como un mar tempestuoso, cuyas olas amarguísimas se empujaban unas á otras; la luz que le manifestaba las penas y trabajos de su Hijo era tan brillante, que nada se le ocultaba de cuanto había de padecer; y conforme pasaban los días y los años, el dolor y el temor iba en aumento, porque se aproximaba el tiempo en que habían de tener doloroso cumplimiento los tristes anuncios de Simeón y fatal desenlace de la trabajosa vida de Jesús. Compadécete de esta Madre que tales tormentos padece. ¡Oh Madre de dolor! Muy presto comenzáis vuestra dolorosa carrera, que no ha de terminar hasta que veáis á vuestro Hijo resucitado; preparaos para experimentar Vos también las contradicciones del mundo, porque no es posible que tenga paz aquella Madre cuyo Hijo es objeto de cruel guerra. Dadme, Señora, por este dolor alguna parte en las contradicciones de vuestro Hijo, para que en el cielo tenga parte en sus eternas bendiciones. ¿No nos compadecemos nosotros del dolor de María? ¿No procuramos aliviar su pena siendo dóciles y verdaderos discípulos de Jesús?

Epílogo y coloquios. ¡Con cuánta devoción y con qué espíritu tan agradecido ofrece María al Padre eterno su divino Hijo! ¡Cuánto agradecería este amoroso Padre tal ofrenda!

¹ Luc., II, 34, 35.

Jamás se le había hecho otra de tanto valor y excelencia; ni los sacrificios de Abel, Noé, Abraham y Jacob, ni las ofrendas todas que había ordenado Moisés por su inspiración, habían sido tan aceptas á sus divinos ojos, ni en ellas había hallado otra complacencia que el recuerdo de la que le hace en esta ocasión María. Esta Señora ofrece á su divino Hijo, y el Padre Eterno le mira con agrado, y por su respeto principia á envainar la espada con que amenazaba á los hombres sus hermanos. ¡Bendita sea la caridad del Padre, la misericordia del Hijo y el maternal desprendimiento de María! Mas, aunque el Señor acepta la ofrenda de la Virgen, no se queda con ella, sino que la devuelve al mundo, vendiéndola por cinco siclos, que paga María en nombre propio y de todos los hombres. Mira la generosidad de este Padre que por tan bajo precio te da lo que vale más que el mundo entero; mira el amor de la Virgen á los hombres, que, aunque rescata á su Hijo, no lo rescata para sí, sino para ellos; mira la humildad del Hijo, que consiente ser vendido por tan insignificante cantidad. ¿Qué debes hacer tú por ellos? ¿Cómo has de corresponder á tales muestras de amor? Fija tus ojos en María, la cual, en medio de los gozos santos que le causan las alabanzas que de su Hijo oye, siente atravesado su Corazón por dolorosa y larguísima espada, viendo desplegarse ante sus ojos el espantoso cuadro de las penas y persecuciones de su Hijo. Así sabe el Señor mezclar en la vida de los santos los gozos y los dolores. ¿No te compadeces de tu Madre? ¿No te resignarás en los trabajos? ¿Qué debes hacer para esto? Piénsalo con detención; examina lo que de ti desea María; y, resuelto á darla gusto, forma eficaces y particulares propósitos; ora al Señor que te ayude á ponerlos en práctica y que despache favorablemente todo cuanto deseas obtener.

21.—HUIDA Á EGIPTO.

PRELUDIO 1.º Avisados por un ángel, salieron la Virgen y san José para Egipto, en donde permanecieron, sufriendo grandes privaciones, hasta recibir nuevo aviso del cielo.

PRELUDIO 2.º Representate á María y José huyendo á Egipto.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber imitar las virtudes de la Virgen.

Punto 1.º *Obediencia de María al ser avisada por su Esposo.*—Habiendo oído Herodes las cosas que se hablaban de Jesús, y visto que los Magos le habían engañado, resolvió matarle, decretando para esto el degüello de todos los niños de los alrededores de Belén menores de dos años¹. ¡Adónde conduce la ambición y deseo de gobernar no refrenado! El Padre eterno, para librar á su Hijo, envió un ángel á José, cabeza de la sagrada

¹ Matth., II, 13.

familia, que le dijese: «Levántate, toma al Niño y á su Madre, y vete á Egipto». Así lo hizo el santo patriarca, y apenas su celestial Esposa oyó su voz, se preparó á obedecer. Pondera aquí, para tu enseñanza, la admirable obediencia de María á la orden del cielo y la humildad y rendimiento cómo se sujeta á san José. Porque Ella no se excusa ni por lo intempestivo de la hora, ni por lo riguroso de la estación, ni por la distancia del lugar, ni por la debilidad y delicadeza del Niño; Ella no siente ni siquiera un movimiento contrario á la orden que le impone; no dice que podría Dios ocultarlos milagrosamente, ó defenderlos por ministerio de algún ángel, como había defendido á Eliseo, ó que á lo menos podrían ir al país de los Magos, en donde su Hijo sería venerado y honrado, aquellas gentes edificadas y muchos se convertirían. Tampoco se quejó de que aquella obediencia se hubiese intimado á José y no á Ella, como más interesada de algún modo en la conservación de la vida de Jesús; porque le gustaba obedecer, no sólo á Dios, sino á toda criatura por su amor, y estaba muy lejos de decir lo que dijo María hermana de Moisés: «¿Por ventura habla Dios por Moisés solo, y no también por nosotros?» Aprende de la Virgen este modo de obediencia tan puntual, pronta, ciega y sencilla, gustando, como Ella, de ser gobernado por otros, y que de otros se haga más caso que de ti, teniendo por suma dicha saber la divina voluntad y cumplirla, ora la sepas por revelación de Dios ó de sus ángeles, ora por dicho y ordenación de los hombres; porque lo primero es más glorioso, pero en lo segundo se ejercita más la humildad, sujetando el juicio y la voluntad, no solamente á Dios, sino al hombre por el mismo Dios. ¡Oh Virgen obedientísima! ¡Cuánto agradaría á vuestro divino Hijo vuestra puntual y exacta obediencia á la orden que os da vuestro Esposo! Si el Señor se complace en los que oyen su voz y tiemblan á sus palabras, ¿cuánto más se agradaría en Vos, que así venerabais y recibíais las palabras de José, sólo por ver en él representado á Dios? Por esta obediencia os pido me alcancéis esa virtud en grado tan perfecto que nunca obre contra ella, ni de pensamiento, ni de palabra, ni de obra. ¿En qué cosas me aparto yo de esta doctrina? ¿Cómo me he de reformar?

Punto 2.º *Paciencia y conformidad de María durante el viaje.*—Considera en este punto cómo los dos santos esposos, en oyendo la revelación del ángel, arreglando y tomando las pocas cosas que podían llevar consigo, se pusieron en camino para Egipto, obedeciendo con las tres perfecciones que ha de tener la obediencia, que son: rendimiento de juicio, prontitud de voluntad y perfección y exactitud en la obra. Pondera sobre todo su admirable paciencia en los trabajos propios de un tan largo

¹ Num., xii, 2.

viaje, emprendido sin ningún preparativo, y continuado sin abastecimiento alguno material, por medio de un desierto inhabitado; su admirable conformidad con la voluntad de Dios en todos los acontecimientos que les podían ocurrir, ya por la inclemencia del tiempo, ya por motivo de los ladrones y salteadores y de los soldados de Herodes, que tal vez buscarían al Niño para matarle, ya por las fieras y serpientes venenosas. Mas, no sólo caminaban teniendo el espíritu muy resignado á la ordenación del Señor, sino que experimentaban un singular gozo y suave contento haciendo largas jornadas, inundado su corazón de grande alegría interior; porque como sabían ser aquella la voluntad de Dios, y en el cumplimiento de ella ponían todo su contento, nadie podía quitarles el que sentían. Por otra parte, llevaban consigo á Jesús, que era todo su tesoro, su riqueza y felicidad, y esta compañía bastaba para consolarlos en cualquiera soledad y desamparo, sin divertirse ni procurar otros alivios que suelen buscar los caminantes. Mira en tu dulce Madre en dónde has de hallar consuelo y alegría cuando te veas atribulado y afligido. Sea la voluntad de Dios todo tu consuelo, y la compañía de Jesús la fuente inagotable de tu alegría. ¿Has obrado hasta hoy según estos provechosos ejemplos? ¡Oh Dios omnipotente, que tal obediencia, alegría y contento disteis á estos santos queridos vuestros! Por sus merecimientos os suplico me ayudéis, para que os obedezca con rendimiento de juicio, con prontitud de voluntad, con presteza en la ejecución y con alegría de corazón, por sólo cumplir vuestra voluntad, fiándome de vuestra providencia, que tendrá de mí cuidado, si de este modo os obedezco.

Punto 3.º *Estancia de María y José en Egipto.*—Considera cómo María y José estuvieron en Egipto hasta la muerte del tirano Herodes, que fueron, á lo que se cree, cinco ó siete años. Pondera la grande pobreza con que allí vivían, sustentándose con el trabajo de sus manos, en pobre casa, entre gente extraña y desconocida, y muy distintos de ellos en los sentimientos, palabras y costumbres; pero, todo lo llevaban con alegría por las dos causas anteriormente dichas. De ellas procedía la grande quietud que allí tenían, de modo que ni deseaban la muerte de Herodes, ni se congojaban con la dilación de su vuelta, remitiéndolo todo á la divina Providencia. Además, como eran tan celosos de la gloria de Dios, vivían allí en continuo dolor por las idolatrías de aquella gente y su perdición; de modo que de cada uno se puede decir lo que san Pedro dice de Lot¹, cuando estaba en Sodoma, que era justo en el mirar y en el oír, viviendo entre aquellos que cada día atormentaban su santa alma con malas obras. Así, es indudable que la Virgen Santísima y san José estaban atormentados en su espíritu por los pecados de aquella

¹ II Petr., ii, 8.

gente; pero, siempre conservaban en medio de ellos su pureza y santidad, resplandeciendo como lumbreras del cielo en medio de aquella nación mala. Y es de creer que su santidad, modestia y santa conversación ablandarían los corazones de aquellos bárbaros, y les causarían admiración y respeto; y algunos con su ejemplo se convertirían á Dios, y acudirían á favorecerles con limosnas y dádivas, las cuales aceptarían como pobres para su sustento. En este maravilloso ejemplo has de aprender el modo de conversar en medio del Egipto de este mundo, poblado también de gente bárbara, sin Dios, sin religión, idólatras y con pésimas costumbres. ¡Oh Virgen sacratísima! ¡Cuánto me admira vuestra pobreza, tranquilidad y santísima vida en el destierro de Egipto! ¡Oh, si yo supiera imitaros, ya que el Señor me ha colocado en medio del Egipto del mundo, en donde no hay más que adoradores de ídolos, gente descreída é infiel! Tenedme, Madre mía, de vuestra mano para que, no sólo no me pervierta con los mundanos, sino que mi ejemplo atraiga á muchos al servicio de vuestro Hijo.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán presto comienza María á experimentar el cumplimiento de la triste profecía de Simeón! Apenas ha llegado de Jerusalén y principiado á descansar de su penoso viaje, oye la voz de José, que, en medio del silencio de la noche, interrumpe su sueño, para decirle que Herodes busca al Niño para matarle, y que es voluntad de Dios que salgan al instante para Egipto. ¡Qué precepto tan dificultoso de cumplir! ¡Qué obediencia tan áspera! Mas, ¿cómo lo recibe María? Inclina su cabeza, y empieza á prepararse para tan largo viaje. Ni un suspiro exhala su pecho, ni una queja pronuncia sus labios, ni la menor sombra de resistencia viene á empañar el brillo de su obediencia admirable. Pero, mírala ya caminando por entre malezas, caminos desconocidos, desiertos arenosos, montes poblados de fieras y de ladrones. ¡Cuántas privaciones! ¡Cuánto cansancio! ¡Cuántos dolores! Todo lo supera la paciencia y conformidad de María. Sabe que es voluntad de Dios y tiene consigo á Jesús, y esto le basta para que la alegría venga á inundar su espíritu fatigado. Ya llegan á Egipto; María podrá descansar de su largo camino, y gozar á su placer del amor de su divino Hijo. Mas, ¡ah!, no tienen una choza en donde albergarse, no son de nadie conocidos, carecen del necesario sustento, y se ven rodeados de enemigos de Dios y de su tierno Hijo. Así trata el Padre celestial á la familia más querida que tiene en el mundo. ¿Te atreverás á quejarte en tus tribulaciones? ¿No te resignarás humildemente á sufrir todo lo que el Señor disponga? ¿Mirarás con repugnancia la cruz que Dios te carga sobre los hombros? ¿No te conformarás con las disposiciones de su voluntad soberana? Contempla con admiración á tu dulce Madre en este acontecimiento de su vida, y, resuelto á imitarla, propón con decisión

lo que te conviene hacer y evitar; pide fervoroso la gracia que necesitas, y ruega por todas las necesidades, en particular por la conversión de los infieles.

22.—PÉRDIDA DE JESÚS Y SU ENCUENTRO.

PRELUDIO 1.º Habiendo María perdido á su Hijo, lo buscó con diligencia, y hallándole en el templo, le dió amorosa queja, diciéndole: «Hijo, ¿por qué lo hiciste así con nosotros?»

PRELUDIO 2.º Representate á la Virgen buscando con dolor á Jesús.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar las virtudes que te enseña María.

Punto 1.º *María pierde á Jesús, y con esta ocasión ejercita excelentes virtudes.*—Volviendo José y María de Jerusalén, en donde habían celebrado la Pascua, y creyendo cada uno que Jesús iba con el otro, llegando á la noche á la posada, le echaron de menos, y buscándole entre los conocidos y amigos, no le hallaron. Acerca de lo cual has de ponderar la traza de Dios en querer afligir á estos Santos, que habían de ser los modelos del mundo entero, sin culpa suya, y en ocasión de una obra que hacían por honrarle, y en la cosa que más podía lastimarles, que era perder tal Niño. Pondera en particular las excelentes virtudes que practica María, dándote ejemplo de lo que tú has de hacer en casos semejantes. Mira su paciencia, por la cual no se turba, ni se queja de nuestro Señor, sino que siente vivamente esta pérdida con rendimiento á la ordenación de Dios, con ser pérdida tan grande. Su humildad, porque, como santa, temía culpa ó descuido donde no le había, ó por lo menos atribuía esto á su indignidad; temía si la querría el Señor dejar y seguir ya otro modo de vivir, ó si había tenido algún descuido en mirar por Él, y confesaba que no era digna de tenerle consigo. Su diligencia, porque luego anduvo buscándole con cuidado y pena, por cumplir con su obligación y porque el amor la solicitaba; aunque le buscó entre deudos y conocidos, y por eso no le halló; porque si Cristo quisiera estarse con sus deudos, mejor se estaría con Ella. Finalmente, añadió una larga y muy fervorosa oración, como el caso exigía. Pondera luego cuán triste noche fué aquella para María, y cuán sola se hallaba sin su Hijo; cómo la gastaría toda meditando como paloma, orando con gran fervor, suplicando al Padre eterno no le quitase tan presto el cuidado de su Hijo, y que mirase por Él, dondequiera que se hallase. De todo lo cual has de sacar el modo cómo te has de haber cuando el Señor se ausenta de ti, dejándote en tinieblas; las virtudes que especialmente has de ejercitar en tales tiempos, y

las cosas que debes practicar para hallarle de nuevo. ¡Oh Virgen soberana! Habéis entrado en los peligros del mar, y ya no os queda otro remedio que orar. Mar ha sido para Vos muy amargo la pérdida de vuestro Hijo; las olas de tristeza han entrado en vuestro Corazón, y le traen afligido con varios cuidados; las tinieblas de la noche atajan vuestros pasos, y estáis como atollada en el abismo del desconsuelo; por tales trabajos os ruego me amparéis en mis tempestades, iluminéis mis tinieblas, y me hagáis encontrar pronto al que es todo mi consuelo.

Punto 2.º *María encuentra á Jesús.*—Considera cómo la Virgen Santísima y san José, viendo que no hallaban á Jesús entre los parientes y conocidos, al otro día por la mañana regresaron á Jerusalén, y le hallaron al tercer día en el templo entre los doctores. Pondera cómo la soledad que sintió María en esta ocasión fué de la misma duración, poco más ó menos, que la que posteriormente experimentó desde la Pasión de su Hijo á la gloriosa resurrección, para significar que, cuando el alma pierde la gracia de la devoción, no la halla luego, antes se suele esconder por algún tiempo, ó en castigo de la culpa, si la hubo, ó para ejercitarla en la paciencia y humildad, y para que crezcan los deseos de recobrarla; pero no quiere Dios diferir mucho tiempo el consuelo, para que el alma no desmaye y piense que ha de tardar mucho su remedio. María halló á Jesús en el templo y entre los doctores; porque el lugar en donde se halla la gracia no es entre los regalos y entretenimientos del mundo, ni por las calles y plazas, sino en el templo, y tomando consejo de los maestros de espíritu, que son los que nos deben guiar por el camino de la virtud. Mas, mira particularmente el gozo tan puro y tan modesto de María al ver á su santísimo Hijo. Porque Ella, aunque le vió entre los doctores, con tanta admiración de todos, no hizo los ademanes que otras mujeres suelen hacer en tales casos, jactándose de tener tales hijos, sino, admirándose de verle allí, veneró en silencio lo que veía; con todo, sería tal el gozo que sentiría, que parecería resucitar de muerte á vida en cuanto vió á Jesús, y, como otra Ana, madre de Tobías¹, que lloraba la ausencia de su hijo con lágrimas irremediables, cuando le vió, lloraba de puro gozo, así es de creer que á la medida de su pena sería su alegría, según aquello de David²: «Según la muchedumbre de los dolores de mi corazón, tus consuelos alegraron mi alma». ¡Oh Virgen soberana! Gózome del gozo que tuvisteis en esta hora con la vista de vuestro Hijo³. La esperanza dilatada afligió vuestra alma; pero el cumplimiento de vuestro deseo fué para vos árbol de vida, hallando al que lo es para todos. Alcanzadme, Virgen benditísima, que le busque de modo que le halle, para que goce de la vida que de tal árbol procede. ¡Oh alma devota!

¹ Tob., x, 4. — ² Psalm. xciii, 19. — ³ Prov., xiii, 12.

Mira en dónde y cómo has de hallar á Jesús, si tuvieses la desgracia de perderle. ¿Le buscas como María?

Punto 3.º *Queja amorosa de la Virgen á su Hijo.*—Viendo la Virgen á su divino Hijo, díjole con amorosa queja: «Hijo, ¿por qué lo hiciste así con nosotros? Mira que tu padre y yo con dolor te buscábamos». No pretendió María con estas palabras interrogar á su Hijo ó pedirle la causa de lo que había hecho, porque esto fuera curiosidad excusada, sino sólo declarar el sentimiento de su Corazón. Así los santos usan de este modo de hablar con Dios cuando están afligidos, y viene á ser un modo de oración en que tácitamente le piden remedio á su dolor, porque por una parte atribúyenlo á la divina Providencia que lo ordenó ó permitió para su bien, y por otra confiesan que á Él toca remediarlo y atajarlo. No dijo María: ¿Por qué lo hiciste así conmigo?; porque propio es de los santos, cuando padecen alguna necesidad que es común á muchos, no quejarse de su solo daño, ni pedir para sí solos el remedio, sino dolerse del daño de todos, y pedir que todos sean remediados. Pondera sobre todo aquellas tan sentidas palabras: «Tu padre y yo con dolor te buscábamos». En las cuales puedes ver la profundísima humildad de María, no solamente en nombrar primero á san José que á sí misma, por el respeto que le tenía, sino también en llamarle delante de todos padre de Cristo; de donde podían imaginar que le había concebido por obra de varón; lo cual era humillación suya; pero la Virgen, como humilde, más estimaba la honra de su esposo que la suya propia, enseñándote á honrar á tus prójimos, aunque sea con menoscabo tuyo. Puedes también aprender en estas palabras el modo de buscar á Jesús con dolor que procede de amor, cual era el de la Virgen; porque el verdadero amor causa todos estos efectos; que son: dolor de perder al amado, pureza de intención en buscarle, diligencia en practicar los medios, y perseverancia hasta encontrarle. ¡Oh Maestra soberana! Preciosas y utilísimas son las lecciones que me dais. Cada una de vuestras acciones y palabras encierra un tesoro de doctrina. Hacedme discípulo aprovechado, de modo que, obrando según vuestras enseñanzas, logre hallar á Jesús, y conservarle en mi compañía por toda la eternidad. ¿Imitamos nosotros la humildad de María, dando á nuestros prójimos la preferencia en todo? ¿Practicamos como Ella la caridad, rogando por todos?

Epílogo y coloquios. ¡Qué modelo tan acabado y perfecto hallamos en María! Para todas las circunstancias de la vida nos da los más brillantes ejemplos. ¿Quién lo creyera? Sin tener Ella la menor culpa, ha perdido su riquísimo tesoro Jesús. Dios ha querido sujetarla á tan gran prueba, para enseñarnos con su ejemplo que las virtudes que debemos ejercitar especialmente al escondérsenos ó retirársenos el Señor, son la paciencia y la humildad, teniéndonos por culpables, la diligencia en buscarle y

la oración ferviente y recogida hasta hallarle. ¡Oh! Si así lo hubieses hecho, no hubieras lamentado tantas veces tu pertinaz sequedad y falta de devoción, ni hubieras estado tanto tiempo separado de su divina Majestad. Contempla á María regresando á Jerusalén, buscando por calles y plazas, preguntando á conocidos y á desconocidos, y nadie le sabe dar razón de su Hijo. Sólo cuando entra en el templo, lo encuentra en medio de los doctores; su alma se inunda de gozo; sus ojos se arrasan en lágrimas, y abriendo sus labios, no para quejarse, ni para interrogar curiosamente, ni mucho menos para reprender al que, siendo su Hijo, era también su Dios, dice: «Hijo, ¿cómo lo hiciste así con nosotros? Tu padre y yo con dolor te buscábamos». Palabras breves, pero de significación altísima. ¿Cómo buscas á Jesús? ¿Practicas las virtudes necesarias para hallarle? ¿Con qué agradecimiento recibes la gracia de la devoción, y con qué esmero la conservas? ¿Sigues en todo esto los ejemplos de tu divina Madre? Sal ya de una vez para siempre de ese abandono y apatía en que has vivido, y con ardientes deseos, eficaces resoluciones y vivas súplicas busca á Jesús, y lo hallarás, y se gozará tu corazón, porque con Él hallará su vida.

23.—BODAS DE CANÁ.—INTERCESIÓN DE MARÍA.

PRELUDIO 1.º Viendo María el apuro de los esposos de Caná por la falta del vino, pidió á su Hijo que la remediase; y aunque Jesús le contestó que no había llegado su hora, no perdió la confianza, y obtuvo lo que pedía.

PRELUDIO 2.º Representate á María diciendo á Jesús con acento compasivo: «No tienen vino».

PRELUDIO 3.º Pide confianza en Dios y en el patrocinio de María.

Punto 1.º *Solicitud de María en remediar la falta del vino.*—Fué María convidada con su Hijo y algunos de sus discípulos á unas bodas en Caná de Galilea; y como en ellas faltase el vino, dijo la Virgen Santísima á su Hijo: «No tienen vino». En lo cual debes ponderar especialmente la compasión y solicitud de la Santísima Virgen; pues, en viendo la falta del vino, se compadeció de la afrenta y trabajo que allí se padecía; y de su propio motivo, sin que ninguno se lo pidiese, se movió á procurar el remedio de esta necesidad por medio de su Hijo, mostrando en esto el amor y agradecimiento que tenía á los que la convidaron. Lo mismo hace ahora por sus devotos, compadeciéndose de sus necesidades, aun cuando se olvidan ó descuidan de pedirla remedio de ellas; porque, como dice san Agustín¹: «Cuanto la Virgen es mejor que todos los santos, tanto es más solícita de nuestro bien que todos ellos». ¡Cuánta confianza ha de inspirarte esta bellí-

¹ Joan., III; S. Thom.

sima condición de María, la cual así se compadece de sus devotos y se interesa por su bien! Pondera también la confianza tan amorosa y resignada con que hizo la Virgen aquella brevísima petición: «No tienen vino»; como quien estaba certificada de las entrañas de piedad de su Hijo, que bastaba ponerle delante la necesidad presente, para que quisiese remediarla, si convenía, pues no le faltaba amor ni poder para hacerlo. Á su imitación, has de ejercitar tú este modo de obrar, representando al Señor tus necesidades y faltas con grande amor, confianza y resignación, fiándote de su misericordia, que te dará el remedio cuando más te convenga. Y así, en lugar de la palabra que dijo la Virgen puedes poner otras, diciendo: «Padre mío, no tengo humildad, paciencia», etc. ¡Oh Virgen gloriosa! Mirad la falta que tengo del vino de la caridad y de la fervorosa devoción; y, pues tanta compasión tuvisteis por la falta del vino corporal, mayor la tendréis por la falta del vino espiritual; y si pedisteis remedio para aquella, pedidle también para esta otra, diciendo para mí á vuestro Hijo: «Hijo, este mi siervo no tiene vino de amor de Dios; dádsele con abundancia, para que os sirva con fervor».

Punto 2.º *Contestación de Jesús á su Madre.*—Considera cómo Jesucristo, á la demanda de su Madre, contestó diciendo¹: «Mujer², ¿qué nos va á Mí y á ti? Aún no es llegada mi hora». Con cuya respuesta quiso descubrir, por una parte, que era más que hombre, y que también era Dios, cuyo era propio hacer la obra milagrosa que se le pedía, siguiendo sus trazas, y en el tiempo y hora que, en cuanto Dios, tenía señalada, sin mudarla ni anticiparla por respetos humanos. Por otra parte, quiso enseñarte cuán descarnado estaba de todo amor carnal á parientes; pues, aunque amaba tanto á su Madre, y con mayor amor que á los ángeles, no se lee que nunca la llamase madre, y varias veces quiso manifestar que su amor á Ella no era aquel que se funda en la carne y sangre, sino en la gracia divina que María había recibido con más abundancia que todas las otras criaturas. Pondera en particular las virtudes excelentísimas que ejercitó aquí la Virgen Santísima; á saber: grandísima paciencia, profunda humildad y sólida confianza; puesto que al oír aquella respuesta, al parecer desairada, no se turbó, ni quejó, ni respondió palabra alguna, ni se tuvo por injuriada, y, lo que más admira, no perdió la esperanza de ser oída. Cuyo ejemplo ha de animarte á tener paciencia y á no perder la confianza, cuando Dios no oyere tus peticiones ó difiriera el oírte, ó cuando los hombres te dieren respuestas desabridas, acordándote de lo que dice el profeta Isaías³: «En el sufrimiento, silencio y esperanza está nuestra fortaleza»; porque por tales medios alcanzamos de Dios lo que pretendemos. ¿Obramos según esta doctrina? ¿Imitamos la hu-

¹ Joan., II, 4. — ² Vide infra, pág. 164. — ³ Isai., xxx, 15.